

REVISTA
DE
SANTIAGO.

DIRECTORES

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

1872—1873

TOMO III

NUMERO I.

JULIO 1.º

LIBRERÍA CENTRAL
DE AUGUSTO RAYMOND
Calle de Huérfanos

IMPRENTA NACIONAL
CALLE DE LA MONEDA
Num. 46

SANTIAGO

BOLIVIA

BAJO LA ADMINISTRACION DEL JENERAL DON

MARIANO MELGAREJO

Hace un año entregaba a la prensa el señor Sotomayor Valdés uno de los libros mas interesantes que se han publicado entre nosotros.

Destinado a darnos cuenta de sus negociaciones en Bolivia, para poderseguir el curso de las transacciones diplomáticas se veía en la dolorosa necesidad de revelar los secretos de la administracion que dirijia entónces los destinos de ese pueblo.

Dolorosa pero necesaria confesion para explicar la impotencia a que él se habia visto condenado, i necesaria, sobre todo, para reaccionar en contra de las ideas a que un falso i pretendido amor americano habia dado cierta voga.

La obra del señor Sotomayor es la obra de un literato distinguido, que ha estudiado el arte con amor, que conoce los secretos del estilo, i esos mil detalles delicados que son en una composicion lo que es en una fisonomía la sonrisa.

Ese verdadero comentario diplomático no es la relacion fria e impasible de un observador que todo lo vé sin que nada lo conmueva; es, por el contrario, la relacion caliente i animada de un testigo presencial de los sucesos, que ha ido escribiendo en las hojas de su *diario* la impresion que le producian las escenas en el momento mismo en que pasaban.

I así, lentamente, se ha formado en su cartera un cuadro lleno de

colorido i movimiento, en que los personajes se dibujan a sí mismos con sus actos i las escenas se representan con todo su sabor local, con todos esos pequeños i fujitivos detalles del momento.

Es un verdadero cuadro de Rembrandt; sombrío, triste i profundamente melancólico. Se oprime el corazon, se anonada el pensamiento contemplando tanta desgracia i amargura, tanto abatimiento i postracion como han oprimido a ese pueblo desdichado.

I se sigue con tristeza recorriendo esos anales del crimen i del vicio que en cada una de sus páginas revelan un nuevo crimen i una nueva corrupcion.

I esas páginas están trazadas con una mano tan vigorosa i tan segura, con una franqueza tal en el dibujo i una abundancia tan esmerada en los detalles, que hacen palpar nuestras entrañas como si estuviéramos delante del cuadro real i verdadero.

Pinceladas vigorosas, pinceladas de artista, retratan aquí un personaje, animan allá una escena con esa impresion caliente de la vida, o nos pintan el desaliento de un pueblo abatido i resignado.

El retrato que nos da de Melgarejo, la página en que narra el asesinato de Belzu, el bosquejo de Antezana, la derrota de la Cantaría, la muerte de Bascuñan, son retratos, páginas i cuadros dignos de Tácito i Macaulay.

Una sábia jenerosa circula por todo ese libro en que vibra el odio de la justicia i la profunda indignacion de un hombre honrado.

Para conocer la historia americana es preciso leer ese libro i no es posible leerlo sin amor. No sé hasta qué punto perturbe mi criterio el recuerdo de otros tiempos, esos recuerdos que nunca renueva impunemente el corazon del hombre. Pero cuando recorria esas páginas i escuchaba en ellas ese acento amargo i desesperado, esa indignacion melancólica i profunda, me sentia transportar a los primeros años de mi apasionada juventud, a los años en que Tácito formaba mis encantos i en que mi espíritu, al calor de sus páginas de fuego, desarrollaba sus mas puras ilusiones, sus sueños mas dulces, su fé en los hombres i su confianza en un risueño porvenir.

¡Dulces i queridos sueños, otra vez en mi vida os he tenido pero ya no dormia en la almohada de la infancia, i... qué pronto los he visto disiparse!

Sin duda que no hai en ese libro la regularidad de un cuadro histórico i que dista mucho de esa simetría en los detalles, esa proporcion rigurosa de las partes que en buena estética se pueden exigir. Sin duda todavía que bien fácilmente pudo haberle dado a su

obra esa armonía un escritor tan hábil i espedito en el manejo de la pluma como se muestra el señor Sotomayor.

Pero ¿hasta qué punto habria perdido en vigor lo que ganaba en armonía? ¿Hasta qué punto podia él sacrificar a una simetría académica esa impresion que naturalmente producen las frases espontáneas i enérgicas que saltan debajo de la pluma cuando se hie-re con ellas la injusticia?

Por mi parte prefiero ese diario desordenado i tremendo, que marca con fuego lo que quiere entregar a la execracion i al ódio, a una descripcion castigada i pulida que me deje sentir los esfuerzos literarios de su autor.

El desórden, el arrebató i a veces hasta el vértigo le dán no sé qué majestad a las pasiones nobles. Un sentimiento elevado no lastima el corazon aun cuando se le presente en toda su desnudez, como no lastima el pudor la desnudez de un mármol. Léjos de perder gana mas bien con esa franqueza que podrán muchos mirar como brutal. Si tuviera que defender a la Phryné de la historia la mostraria desnuda ante sus jueces como la mostró su abogado.

Una pasion desnuda es una pasion con todos sus desórdenes, con todos sus arrebatos i sus vértigos; es una mujer vigorosa, fuerte, atrevida, franca i hasta brutal, que no tiene nada que ver con la afectada damisela, ni con la señorita bien educada.

No hai nada mas grato que seguir la corriente alegre i festiva del aplauso, ni hai palabras que cueste mas dejar escritas que aquellas en que se envuelve una censura por benigna i suave que ella sea.

Delante de este libro, que ya miro con ese afecto que nos inspira el entusiasmo por las obras de un artista, mas de una vez me he preguntado por qué el señor Sotomayor no lo ha concluido. ¿Por qué no nos pintó la estrepitosa caída de esa tiranía a cuyo oríjen oscuro nos habia hecho asistir? ¿Por qué arranca de su diario aquellas pájinas en que la justicia aparece vindicada i recibe el crimen su sancion?

Es verdad que nos deja en los documentos adjuntos a su libro los rastros necesarios para poder seguir la marcha de la revuelta que derrocó a Melgarejo, pero entudiar la historia en documentos es un trabajo penoso que arredra a casi todos los lectores.

Sea cual fuere el valor de esta observacion en nada amengua el mérito indudable de este libro.

Su autor revela en él las dotes de un escritor brillante, de un li-

terato i de un artista. Muestra en su obra un vasto conocimiento de los clásicos latinos i descubre en la abundancia de su vocabulario, en la pureza i soltura que tiene para jugar con los jiros de la lengua un asiduo manejo de los clásicos i hablistas españoles.

Raras dotes son a la verdad las dotes que él ostenta. Son muy pocos los que tienen el buen gusto de preferir las formas vigorosas del artista a esas formas contrahechas i epilépticas que el gusto estragado i novelero ha puesto en voga entre los artesanos de la pluma. I son muchos los que creen que basta parodiar las frases que mas usa un escritor, repetir sus defectos, asimilarse esa parte mecánica de su trabajo intelectual, para llegar a la altura en que él se encuentra. De ahí esas caricaturas risibles de los que se imaginan,—como se imaginaba el mono de la fábula,—que basta repetir los movimientos del hombre para poder confundirse entre los hombres.

Este libro se hace pues, interesante no solo como un maestro de historia, sino tambien como una escuela de buen gusto, i creemos al prodigarle nuestro aplauso no solo servir a la justicia sino tambien servir al arte.

Ahora siguiendo nuestro sistema de crítica habitual trataremos de dar a conocer el libro con el libro mismo.

I.

Vamos a trazar un cuadro de la situacion política i social que atravesó Bolivia durante la dictadura del jeneral Melgarejo ta como esa situacion se nos presenta vista al través del *diario* de señor Sotomayor.

Período triste que involutariamente nos transporta a los tiempos mas odiosos del bajo imperio i que hace revivir en nuestros dias la omnipotencia inverosímil de esos césares que nos muestran las galerías de la historia como enjendros caprichosos del delirio i la ambicion.

Es necesario verlos subir sobre el pavez que sustenta una soldadesca tumultuada, aplaudidos por la canalla inconciente, apoyados por el miedo, divinizados por la abyeccion; i verlos despues caer derribados por la conciencia i la dignidad que al fin despiertan, para creer en la realidad de semejantes monstruos i en la realidad de la conciencia humana.

El futuro historiador verá con asombro pasar delante de sus ojos

ese puñado de aventureros i advenedizos que asaltan el poder i durante siete años dominan una sociedad sin mas lei que sus caprichos.

¿Cómo ha podido llegar tan arriba ese *grupo de noche buena*, que parece escapado de las páginas de Rabelais i digno a lo sumo de la brocha burlona de Goya o de Gavarni?

Para esplicarse ese enigma será necesario recordar la organizacion de los partidos en política; será necesario saber que allí se han combatido dos grupos, movido el uno por el interés i sus pasiones, animado el otro por abstracciones intransijentes que no saben ceder ante las necesidades del momento.

Esa funesta organizacion de las agrupaciones políticas colocaba necesariamente un hombre de accion a la cabeza de los primeros i entregaba a un pensador la direccion de los segundos.

Ese hombre de accion, lleno de carácter, tomaba al acaso los principios que le prometian mejor éxito, para reparar la falta de principios personales, deslumbraba con ellos el criterio siempre débil de las masas i tras de ellos ocultaba sus pasiones e intereses.

El hombre de principios, falto de carácter, tomaba la tenacidad por la enerjía, la resistencia inerte por la accion vivaz i creia marchar a la conquista del porvenir cuando arrastraba su porvenir i su patria hácia un abismo.

¿De cuál de esos dos bandos serán la victoria i el poder? El problema no es difícil para el que conoce un poco el corazon humano, para el que vé de un lado la laxa organizacion de un partido independiente i del otro la organizacion fuerte, la actividad i la audacia que inspiran el interés i las pasiones.

A fines de 1864, era esa la situacion política presentada por Bolivia. De un lado los hombres de carácter sin principios, de otro lado los hombres de principios sin carácter, disputándose los dos la presidencia.

El jeneral Achá gobernaba entónces el país bajo un régimen constitucional i relativamente bajo un régimen pacífico.

La libertad de la prensa i la tribuna, el derecho de reunion, las garantías individuales i sociales eran reconocidas, protegidas i amparadas a la sombra de la honradez gubernativa.

En los campos de San Juan i en las calles de la Paz habian sido prontamente sofocadas las fuerzas de dos revoluciones i el gobierno victorioso habia encontrado una doble oportunidad para mostrarse jeneroso i robustecer su prestigio concediendo una amnistía.

I todavía esas dos revueltas aparecen como una reaccion violenta de los intereses lastimados para sacar al país de una situacion irregular i peligrosa.

El deseo de establecer el equilibrio de la hacienda pública dió oríjen a una lei del Congreso de 1864 que disminuia considerablemente las filas del ejército. Los jefes i militares destituidos fueron a engrosar el número de los descontentos i prestar el apoyo de su espada a quien les prometiera renovar el antiguo orden de cosas.

Esta medida nos revela por una parte el deseo jeneroso de restablecer el orden i por otra la perfecta seguridad en que ese gobierno se encontraba, seguridad que le permitia disminuir sus fuerzas i arrojar sin temor un fermento peligroso en el seno de las masas.

Aunque ya dos veces vencido ese elemento perturbador continuaba sin embargo ajitándose i esto hacia que temiesen muchos que la futura eleccion fuera la obra de una insurreccion o de un motin.

Para conjurar el peligro se creyó oportuno pedir al jeneral Achá que se adhiriera a alguno de los candidatos presentados robusteciendo ese partido con el prestijio que le daria su adhesion.

Achá era militar i el militarismo es jerárquico por naturaleza i por esencia. El jefe mas antiguo obtuvo por consiguiente su adhesion i quedó proclamado el jeneral don Sebastian Agreda, entónces ministro de la guerra, proponiendo además el presidente que se le presentara esa candidatura como apoyada por los jefes superiores del ejército, para aparecer cediendo a sus instancias i evitar de ese modo futuros descontentos.

Entre los jefes que se adhirieron al nuevo candidato estaba el jeneral don Mariano Melgarejo. Poco despues sin embargo, conocidos los esfuerzos que él hacia por su propia elevacion en Potosí i Cochabamba i viendo sospechadas sus tendencias revolucionarias, protestó en contra de su antigua adhesion. El gobierno de Achá creyó prudente hacerle salir de Cochabamba donde tenia el mando de las tropas i lo nombró jefe militar de Santa-Cruz.

Entretanto trabajaba tambien activamente el partido radical por la candidatura de don Adolfo Ballivian.

No todos sus parciales contaban con el triunfo de una eleccion tranquila i, muchos de ellos por lo ménos, fraguaban una conspiracion para elevarlo. Entre estos últimos estaba un capitán Avila del cuerpo de rifles.

Sorprendidos algunos conjurados temió Avila verse enxuelto

en las declaraciones i exigió de sus parciales una inmediata realizacion de sus proyectos.

La timidez de sus parciales i la angustiada situacion del capitán lo decidieron a buscar un hombre que precipitara el golpe preparado. Encontró a Melgarejo que le prometió ser activo i en efecto al día siguiente se presentaba al cuerpo de rifleros. Las palabras de Avila i los puñados de oro de Melgarejo, lo hicieron reconocer como su jefe. Dueño ya de esa tropa sublevada se apoderó con ella de la plaza i a la cabeza de un destacamento se dirigió a la pequeña poblacion del *Paso*, 8 millas al S. E. de la Paz, donde se hallaba entónces toda la artillería del ejército

Entretanto el gobierno concentraba sus tropas en el interior del palacio i perdía su tiempo en consultas sin valor i vacilaciones estériles i lo que era peor aun que esa dilacion, en momentos en que la actividad era decisiva, fué la imprudencia de destacar un pequeño grupo de soldados, que batidos por las tropas insurjentes, llevaron al palacio la turbacion i el pánico de la derrota.

Melgarejo vuelve dueño ya de los cañones, fortifica la plaza i parece tomar como plan revolucionario el de sitiar las fuerzas de palacio. En medio de aquella situacion inconcebible hai algo mas extraño todavía i es ver abrirse las puertas de palacio i ver presentarse un emisario con bandera blanca i proposicion de tregua hasta el siguiente día!

Es difícil esplicarse proposiciones semejantes aún sabiendo que en aquellos momentos las tropas de gobierno principiaban a mostrar los síntomas de una desercion.

La falta de un jefe prestigioso, de una voluntad enérgica, de un carácter desidido, abandonó las tropas al desaliento i al desorden. Al caer la noche tumultuadas abrieron las puertas i entregaron el palacio.

El éxito como era natural encontró luego quienes lo aplaudieran i absorbiesen i del seno de aquel motin oscuro, convertido en revolucion victoriosa, salió organizada i omnipotente la dictadura del jeneral Melgarejo.

La ola revolucionaria arrojaba sobre la escena política un hombre de quien solo se conocia la audacia i la ambicion, pero que dejaba entrever demasiado las tendencias i los caprichos de un tirano.

Habia en su vida algo de Gil Blas, tenia ese espíritu de los aventureros, esa impavidez del calavera i esa osadía del rondador nocturno.

Soldado a los veinte años, desde que entra á un cuerpo de guardia principia a conspirar, mete bulla en todos los tumultos i figura en todos los motines. Tiene desarrollado el instinto i la pasion de los desórdenes. La vida para él es un desórden perpétuo, para él vivir es conspirar i sublevarse. Un dia conspira por Linares i al dia siguiente en contra de Linares, hoi se subleva por Achá i al dia siguiente hace revolucion en contra de él.

Organizacion batalladora que solo se siente bien en medio de la lucha, que provoca la resistencia para darse el placer de combatirla.

Organizacion desordenada, estrafalaria, ávida de desórden i caprichos.

Renan, pintando a Neron, ha hecho su retrato. «Que se imaginen, dice, un hombre mas o ménos tan sensato como los héroes de Víctor Hugo, un personaje de noche buena, una mezcla de loco, de bufo i de actor, revestido con la omnipotencia... No tenia la maldad perversa, el amor del mal por el mal, era un romántico concienzudo, un emperador de ópera, lo que seria entre nosotros un burgués cuyo buen sentido hubieran estraviado las lecturas i se creyese en la obligacion de imitar a Han de Islandia i los Burgraves.»

En efecto, Melgarejo era un fanático i entusiasta admirador de las creaciones mas absurdas del romanticismo político i social. Tomaba a lo sério la idea de suprimir las fronteras bolivianas i acariciaba no sé qué espíritu americano, infalible panacea para todos los males existentes. El horror que sentia por lo que embarazara el vuelo de su pensamiento siempre delirante, lo hacia mirar las leyes del país, con el mismo respeto con que miran los románticos las reglas literarias.

Incapaz de sentir el noble orgullo del poder solo sentia su voluptuosidad. No lo queria para hacer el bien o el mal, lo queria para saborear su posesion.

Estrecho en sus miras, pequeño en sus pasiones, pobre en su intelijencia solo tenia de grande la audacia, el valor i la ambicion.

Su físico correspondia a su moral. «Melgarejo, nos dice el señor Sotomayor Valdés, es de alta i bien conformada estatura. Su cara apenas ovalada i con pómulos en extremo sobresalientes, presenta por sus rasgos principales la fisonomía de la raza mestiza o *chola* de Bolivia. El color es pálido ceniciento como suele imprimirlo una naturaleza biliosa i violenta; la boca grande i con lábios propensos a contraerse; la nariz corta i fácil para dilatarse. Sus ojos

grandes se deslucen un tanto por su órbita aplastada i su color indeciso, hallándose además cubiertos por unos párpados rugosos i amortiguados. La frente pequeña parece huir de su base para estrecharse hácia arri'va i dar a la parte anterior de la cabeza una forma casi triangular. Al ver aquella cabeza diminuta i puntiaguda, diríase que no ha sido hecha para pensar. Esta cara está rodeada de una barba oscura i lijeramente cana, que descende abundante sobre el pecho, dando un aire mas varonil i sombrío a su fisonomía. Notaremos todavía que sus cabellos son escasos i dejan ya asomar una calvicie que, en pocos años mas, será completa. Segun esta apariencia, la edad de Melgarejo es de cincuenta años próximamente».

Esa figura alta como Claudio, vulgar como Tiberio, apagada i opaca, tiene las líneas jenerales de la complexion que Gall atribuye a los antiguos tiranuelos. No tiene la majestad de Augusto, la soberbia actitud de Napoleon, ni la pompa deslumbradora del oriente, ni la audacia jenial de Robespierre. Era un tirano vulgar, uno de esos animales francos que desde el primer momento se muestran en su mas grosera desnudez.

Melgarejo principia por abrogar la Constitucion, disolver el Consejo de Estado i suprimir las municipalidades.

Eso era dar con imprudencia una campanada de alarma cuando en medio del asombro todos obervaban su gobierno. La alarma naturalmente despertó i principiaron en todas partes las protestas pacíficas, que la fuerza pública disuelve a culatazos en las calles de Cochabamba, i luego siguieron las protestas armadas que el ejército vence en la plaza de Tacaquira i las orillas del Oscara.

En Sucre i Potosí el descontento se hace amenazador i reclama la presencia del gobierno para tomar medidas inmediatas.

Pero apénas sale Melgarejo de la Paz, la ciudad se subleva i proclama como jefe al jeneral Belzu, el mas popular de los caudillos bolivianos, en el sentido vulgar de la palabra. Era un hombre «que simbolizaba para el vulgo el valor i la prodigalidad, el amor al pueblo bajo i el privilegio acordado en su favor a nombre de la democracia» i que las clases ilustradas aceptaban con el mismo aplauso porque lo sabian poseído de un odio hácia Melgarejo tan profundo como el que ellas mismas le tenían.

Belzu, a la sazón en Corocoro, se dirijió inmediatamente hácia la Paz: el pueblo le sale a su camino i en medio de los paroxismos de un entusiasmo febril lo lleva en triunfo a la ciudad.

Al saber la noticia, Melgarejo vuelve grupas hácia la sublevada capital. Encuentra en su camino al teniente coronel Cortéz quién sintiéndose incapaz de contener a sus soldados en la Paz deja la ciudad para ir a juntarse con las tropas que manda Melgarejo. Este, temiendo talvez una perfidia de Cortéz atribuyéndole el propósito de sublevar las tropas, o talvez queriendo dar a su ejército una leccion severa i ejemplar o acaso cediendo solamente a un arranque de su carácter violento excitado por la rabia, hizo fusilar en el acto al teniente coronel. I redoblando su marcha avanzó hácia la ciudad para dejarse caer sobre ella i tomarla por asalto.

Pero apénas entró su ejército en los arrabales de la Paz principió la desercion i en pocas horas se vió solo i abandonado. En aquel instante de amargo desaliento, de cólera i despecho, Melgarejo intentó ponerle fin a todo con la vida. Alguien que vió el movimiento de su desesperado jefe contuvo su mano i le dijo: «Jeneral, para morir así vale mas arriesgarlo todo en un supremo esfuerzo».

Aquellas palabras iluminaron el espíritu de Melgarejo con un resplandor sangriento. En ellas encontró una de esas inspiraciones que solo son posibles a los hombres como él i que vienen a traducirse por una de esas aventuras de la alta tragedia. En ellas se cerraba la semilla que dió por fruto el asesinato alevé de Belzu.

Conociendo Melgarejo, no solo la índole del populacho boliviano, como cree el señor Sotomayor, sino la índole novelera de todos los populachos siempre dispuestos a aplaudir la audacia i perdonar el éxito, combinó i puso en ejecucion un plan monstruoso que debía volverle su poder.

Se colocó en medio de un piquete de soldados que todavía le eran fieles i en la actitud abatida del prisionero i del vencido se dirijió al palacio por en medio del pueblo que aclamaba a Belzu, i de sus soldados que bajaban los ojos para no encontrar la mirada de reproche del jeje que habian traicionado, i sustraerse a ese movimiento de simpatía instintiva que despierta el poderoso que ha caído.

«Así llegó a la plaza donde se encuentra el palacio presidencial i al atravesar por frente de sus balcones divisó en uno de ellos al coronel Belzu, que recibia los aplausos de la jente curiosa i allegadiza que se agrupaba a la puerta. Melgarejo dirijió una mirada casi suplicante al vencedor i este debió creerse en el apoje de su fortuna.

«El jeneral vencido atravesó el patio del palacio por en medio de una turba armada en la cual se encontraban muchos soldados de su propio ejército, causando en todos una profunda sorpresa; i cuando subia la escalera un antiguo enemigo suyo, ayudante de Belzu a la sazón, tuvo la ocurrencia de interceptarle el paso amenazándolo con un rifle. Melgarejo desvia con una mano el arma de su agresor i le descarga con la otra un tiro mortal de pistola. Deja tendido a un lado el cadáver de esta víctima i precipita sus pasos hácia el salon donde se encuentra el jeneral Belzu. La jente armada del patio queda sobrecojida con el incidente que acaba de presenciar i presiente aterrorizada algo mas terrible todavía. Belzu que ha sentido la detonacion de un tiro de pistola en la escalera se alarma i se perturba, hallándose solo en una pequeña sala contigua al salon de recepcion, donde sus amigos, copa en mano festejaban el triunfo. Al ver a Melgarejo que se presenta en el umbral de la puerta, pálido, con la mirada chispeante i siniestra, Belzu se paraliza i tiembla i apenas pronuncia balbuciente la palabra *garantías*, cae herido de muerte por una bala que le asesta Melgarejo acompañada de un apóstrofe insultante. El victimador erguido i satisfecho se presenta entónces a la muchedumbre de palacio i esclama:—«Belzu ha muerto ¿quien vive ahora?» Algunas voces contestaron:—«¡Viva Melgarejo!»

El poder que habia recibido de una conspiracion en ese momento lo reciba de sí mismo: de su audacia i de su crimen. Nada debia a sus parciales i ellos iban a deberle todo. Ni siquiera, pues, los vínculos de la complicidad tenían derecho de contrarrestar su despotismo.

Pero si bastaba un pistoletazo para despojar a un hombre de su vida, no bastaba para despojar una nacion de sus derechos. La dignidad pública se subleva ante aquella consagracion monstruosa de la fuerza i al calor de esa dignidad ofendida jermenan i se desarrollan las protestas armadas de los pueblos.

Para reemplazar a Belzu mató a Belzu; para reemplazar al pueblo era necesario matar al pueblo. Melgarejo comprendia esto, o mas bien dicho, tenia de su situacion una conciencia oscura, instintiva. Por eso desde el primer momento hiere, maltrata i pisotea todo lo que se le pone por delante, todo ménos el ejército que acaricia con esa voluptuosa complacencia con que el bandolero acaricia su puñal. Por eso el pueblo que ve suspendido sobre sus derechoa mas

santos el sable de un capitán afortunado confia a las fuerzas de las armas la defensa de su honor i dignidad.

Apénas se esparce la noticia del nuevo órden de cosas creado por Melgarejo la revolucion principia a fermentar en todas partes. El sur se levanta i apénas Melgarejo, que sale a combatir la insurreccion, traspone las colinas que circundan a la Paz, un pronunciamiento se declara en su seno. Oruro i Cochabamba se adhieren con entusiasmo al movimiento i aceptan por jefe al coronel don Casto Arguedas.

Melgarejo se encontraba con sus fuerzas en Sucre i Potosí al recibir la noticia de la nueva insurreccion. Inmediatamente contramarcha con direccion a Oruro i Cochabamba resuelto a ahogar en sangre la revolucion que lo amenaza.

Las fuerzas revolucionarias concentradas en la Paz abandonan las ciudades sin defensa, i quedan los campos despoblados por el miedo. Melgarejo al frente de sus tropas recorre esas ciudades silenciosas i esos campos desiertos, dejando en todas partes el rastro sangriento de su tránsito.

Va de Cochabamba a Oruro, de Oruro vuelve a Cochabamba que apénas puede respirar levanta tropas i de nuevo se subleva, de Cochabamba se dirige a Sucre, de Sucre a Potosí, i allí aguarda un refuerzo que dejó en Oruro para dar un golpe sobre Puna en que el pequeño ejército de Cochabamba estaba acantonado.

Estas tropas escasas, hasta entónces se habian limitado a marchar delante de Melgarejo que picaba su retaguardia sin alcanzar su grueso, pero al saber la noticia del refuerzo que se esperaba de Oruro se creyó que habria peligro en diferir la accion i trepando el cerro de la *Canteria* se desplegaron en pelotones por las cimas, aguardando la órden del combate.

Al verlos Melgarejo salió de la ciudad, formó sus filas al pié de las colinas i empeñó resueltamente la batalla.

La suerte de las armas no se mostró ese día favorable al ejército insurgente. Melgarejo que a la distancia habia observado con un anteojo la refriega cuando vió el tiriunfo ya seguro «se lanzó al campo a caballo i pistola en mano, como el Jenio de la Venganza. Al subir la *Canteria*, divisa a la distancia al simpático Cortés Caballero, que mal herido va huyendo a caballo; i no bien le reconoce, manda que sus rifleros le den caza hasta derribarlo muerto. Avanza mas i recorriendo los diversos grupos de prisioneros, comenzó a reconocerlos para elegir sus víctimas. Descubre

al jóven Emilio Moyano que está herido de muerte i, sin embargo, lo última. Mas allá encuentra a don Mariano Vila i lo hace fusilar. Divisa luego al poeta de Cochabamba, don Nestor Galindo, i se precipita sobre él diciéndole: «Hínquese bandido.» Galindo le contesta con el acento de la diguidad: «No soi bandido, mi jeneral» pero se pone de rodillas, para recibir la muerte.»

El ejército del sur estaba vencido, pero quedan en pié las tropas de la Paz i quedaba allí un gobierno provisorio que los pueblos de Bolivia se apresuraban a reconocer como lejítimo. Arguedas, que como ya dijimos se encontraba a la cabeza del gobierno i de la tropa, resolvió salir al encuentro de las fuerzas de Melgarejo. Este que tambien queria poner un término a la lucha, se dirigió hácia el norte. Los dos marchaban hácia Oruro. Al saber Arguedas la direccion que llevaba Melgarejo, a pesar de las instancias del jeneral Achá que aconsejaba la inmediata accion, ordenó una contramarcha hácia la Paz contentándose con destruir en su camino todo lo que pudiera servir al enemigo. Aquella imprudente retirada i aquella destruccion inútil por lo ménos, dieron aliento a las tropas de Melgarejo que con variar su direccion encontraron los recursos necesarios. Llegó a Oruro, renovó sus forrajes i sus víveres, recibió un valioso contingente de dinero i en órden de batalla, para evitar toda sorpresa, continuó su marcha hácia la Paz. Ya cerca de este pueblo, tuvo noticias de que el ejército insurgente lo aguardaba en *Letanias*, campo accidentado i onduloso.

Despues de dos horas de combate los jefes insurgentes abandonaban el campo i mas de quinientos prisioneros.

Vencedor en *Letanias* se presentó Melgarejo con sus tropas sobre las alturas que dominan a la Paz intimando una inmediata rendicion. I recordaba en tono amenazante que tenia prisioneros en su poder «mas de quinientos de vuestros compañeros, cuya buena o mala suerte depende del patriotismo o insensatez, con que contesteis a esta intimacion.» El sentido siniestro que envolvian palabras semejantes en boca del caudillo vencedor, llenaron de terror a los habitantes de la Paz i la ciudad se sometió mas bien que vencida, resignada.

La revolucion estaba perdida; el país despues de ese violento esfuerzo quedaba agotado; la apatía, la indolencia, una resignacion melancólica, la dolorosa conviccion de la impotencia vinieron como el obligado corolario de los desengaños i las ilusiones perdidas. I sobre esas ruinas del espíritu público abatido se erguia mas fuerte i mas sólido que nunca el poder de Melgarejo.

En política las luchas tienen una doble faz, i nunca se presentan esos dos aspectos tan marcados como cuando se trata de una revolucion a mano armada. Una revolucion triunfante puede derrocar la tiranía; vencida le da a esa misma tiranía su mayor apoyo i viene a ser su cómplice mas activo i poderoso aun cuando sea involuntario.

De aquí la tremenda responsabilidad que pesa sobre el caudillo de un pueblo tumultuado, responsabilidad no siempre comprendida pero siempre apreciada por las masas, que guiadas por su instinto, descargan sobre la cabeza de sus jefes todo el peso de la derrota i todas las desgracias que la siguen.

Seria inútil detallar las faltas demasiado groseras de aquellos movimientos, la inesperienza de aquellos jefes que no comprendian que eran ellos el alma de aquel pueblo, que la confianza seria ilimitada mientras vieran en ellos resolucion i el desaliento ilimitado como esa confianza desde que manifestaran la mas lijera duda sobre el éxito.

La derrota de *Letanias* principió en la retirada de Oruro, la derrota de la *Canteria* en el primer movimiento retrógrado del ejército del sur. Arguedas ordenando la una, Flores decidiendo la otra, lovidando los dos que una revolucion o no se hace porque no se cuenta con los recursos de un éxito indudable, o se hace de una manera resuelta, confiando a la audacia toda la fortuna; perdiendo el entusiasmo de sus tropas los dos perdieron la revolucion i consagraron la administracion de Melgarejo.

II.

Tenemos en este momento un poder victorioso que va a organizarsu gobierno en medio de un pueblo vencido i fatigado por la lucha. ¿Cuál será ese gobierno? La respuesta está implícitamente envuelta en la pregunta para el que sabe que la audacia del poder está en razon directa del desaliento de los pueblos. A pueblos vencidos corresponde un gobierno omnipotente. La tiranía será odiosa pero es lójica.

Suprimido en un país el espíritu público, queda reducido a las condiciones mecánicas de un hombre a quien se suprime la vida; queda reducido a una máquina que ha perdido su motor natural. El cadáver solo puede moverse bajo la influencia de un poder galvánico, el pueblo-cadáver necesita una fuerza estraña

como ese galvanismo para poder seguir su marcha. De aquí la necesidad que tiene el despotismo de concentrar en sus manos todas las fuerzas sociales para reemplazar la vida pública que quiere suprimir; de aquí la necesidad de un poder absoluto para poner en movimiento los rodajes administrativos i parodiar con su accion la accion de todos.

La lógica es tremenda, colocar un pueblo inerme delante de un gobierno armado es constituir la tiranía; una vez constituida ésta, debe ser fuerte, centralizadora, omnipotente, para que la sociedad pueda marchar.

Melgarejo estaba pues, dentro de la lógica mas severa promulgando decretos que condenaban a muerte como traidor a la patria a los que simplemente esparcieran rumores alarmantes, a los que ocupándose de política atacasen al gobierno con palabras i hasta con intenciones! (Decreto de 6 de diciembre de 1865).

Está en la lógica declarando enemigo de la patria a todos sus enemigos personales:—el tirano es la patria, es todo! Está en la lógica imponiendo el silencio, haciendo que todo un pueblo hable en voz baja i ande en la punta de los piés!

Pero para sostener su despotismo Melgarejo, que era incapaz de coordinar un sistema político cualquiera, necesitaba apelar a los expedientes de los viejos despotismos, necesitaba tomar como instrumentos la corrupcion, el ejército i la chusma. El despotismo es la tierra de promision, es el paraíso de la soldadesca, la canalla i las arrastradas mesalinas. El tirano las mimas, las acaricia, las halaga con su sonrisa, i las seduce con su encantadora complacencia.

Para ellas la impunidad en el crimen, la irresponsabilidad en el vicio. Roto el equilibrio de la justicia necesita inclinarse hácia algun lado la balanza i se inclina hácia ellas.

Lo mas triste que tiene el despotismo es la necesidad lógica en que se halla de premiar la corrupcion i hacer del vicio una virtud.

Es tener que buscar como auxiliares esa jente cuya oscuridad inspira garantías; útiles por su intelijencia, necesarios por su audacia i su cinismo, cómodos i manejables por su corrupcion.

El que figura en primera línea en ese círculo que la jente honrada se apresura por temor a acariciar, es el jeneral don Leonardo de Antezana.

Era una de esas figuras siniestras que palpitan en el seno de to-

da tiranía, que solo respiran en una atmósfera corrompida i solo crecen en medio del lodo i de la sangre.

En las horas de venganza i en medio de la orjía lo encontramos siempre al lado de Melgarejo atizando sus pasiones i sus odios. Es su verdugo i su compañero de victorias. Es una especie de alcalde Ronquillo de este avillanado Cárlos V.

Feroz, sanguinario, amante platónico del mal que se goza con solo contemplar, une a la monstruosidad moral la fealdad física.

«Leonardo Antezana, nos dice el señor Sotomayor, es un *cholo* de pequeña estatura, un poco delgado de 45 a 46 años de edad. Su rostro maltratado por la viruela, su boca grande, sus ojos pequeños i turbios forman un conjunto repelente, que llega a ser en extremo repugnante, cuando está bajo la influencia de la embriaguez. Antezana es ebrio habitual i cuando el licor invade su cabeza, se desarrollan en él los instintos mas feroces. Se le ha visto muchas veces vagar por las calles a deshoras de la noche, disparando sus armas i asustando a los transeuntes i al vecindario. Mas de una vez habiéndose embriagado en la mesa ajena ha puesto en conflicto a los dueños de casa sacando de la bolsa pistolas cargadas que ha solido disparar allí mismo. Tiene las estravagancias de un loco i los instintos de un salvaje. Hace pocos dias que se dirigió a puestas de sol a la plazuela de San Francisco, en donde hai un cuartel. Iba trastornado por el licor i llegando a la plazuela se le antojó hacer de toro bravo i empezó a embestir a los soldados i muchachos que por allí vagaban i que se propusieron seguirle el humor. Un clérigo pasaba por ahí i se detuvo a ver fiesta tan original. El toro se lanzó sobre él i le dió de bofetadas.»

Para poner esta figura en todo su relieve vamos a añadir algunos rasgos que permitan a la vez juzgar al hombre i apreciar su influencia.

Descubrió un dia en el álbum de un joven Patiño el retrato de una mujerzuela. Llama a Patiño i apenas se presenta le manda aplicar 500 palos. Era tan brutal esa violencia, tan indigna esa venganza, que un sarjento se atrevió a suplicarle que no la consumase. Antezana desnuda su espada i le dá un sablazo por respuesta. Los soldados se resisten a cumplir la orden pero él los obliga amenazando su vida. Cuando cree que pegan despacio sobre la desgraciada víctima, Antezana pega fuerte a los soldados para que arrecien sus golpes.

Los oficiales del cuartel i las mujeres de los soldados le pedian compasion, el coronel Pomier llegó hasta arrodillarse implorando por la vida de ese pobre jóven. Antezana de pié, en medio de ese grupo que confundia sus súplicas i sus lágrimas con los lamentos de la víctima, contemplaba mudo i feroz aquella escena a que solo puso término cuando Patiño pareció quedar exánime.

Esto sucedia en la ciudad de la Paz el 4 de febrero de 1868!

Melgarejo al saber aquella venganza brutal se manifestó indignado i mandó abrir un proceso al victimario.

Quince dias apénas habian trascurrido cuando los jefes superiores del ejército se presentaban de gran uniforme a la sala del despacho ¿Qué iban a hacer?—¡Iban a pedir que se levantara el proceso de Antezana! El crimen era demasiado visible, irrecusables las pruebas, ellos eran los jueces i temiendo la venganza del jeneral no se atrevian a condenarlo. Para evitar la sentencia pedian la gracia.

Debieron estar mui elocuentes los altos jefes del ejército boliviano porque enternecieron a Melgarejo hasta arrancarle lágrimas por la suerte de su querido Antezana i lo absolvió. I era lógico que lo absolviera. Si él habia mandado instruir ese proceso no era para satisfacer la vindicta pública ni la moral social, era para vengar la ofensa hecha a los soldados a quienes dió Antezana de sablazos, era para vengar la muerte del sarjento. Mandando abrir el proceso manifestaba el deseo de castigar la ofensa. Pero si el ejército representado por sus mas altos dignatarios le venia a pedir merced para Antezana i a declararle que se daba ya por satisfecho, no tenia Melgarejo para qué llevar mas adelante ese progreso.

Al lado de Antezana viene naturalmente a colocarse en este cuadro el coronel don José Sanchez, que compartia con él el favor de Melgarejo i el odio del pueblo. Antezana como veremos compraba esos favores al precio de su conciencia i Sanchez los pagaba con su honor.

Entre el carácter de estos dos hombres media un espacio inmenso: todo lo que vá del salvaje al refinado.

Para estudiarlos es necesario verlos obrar en sus momentos de abandono personal. Cuando obedecen al tirano los dos obedecen del mismo modo i en esa dócil i triste complacencia los caracteres de ámbos se confunden. Pero cuando se ven entregados a sí mismos, sigue cada cual la corriente de sus instintos, la línea que los separa se ahonda i acentúa.

Se vé entónces que Antezana ama la sangre, ama el vicio i que parece obedecer en sus actos a una necesidad ciega i brutal de su organismo i se vé tambien que Sanchez no ama nada, ni siquiera su honra.

Antezana ántes de clavar el puñal siente palpar en sus entrañas los movimientos convulsivos de la rabia, por eso cuando una víctima cae a sus piés sonriendo la verá morir i en esa sonrisa saborea el extraño placer de la venganza. Sanchez no siente nada ni ántes ni despues de herir, él, incapaz de sentir las emociones del amor no puede sentir tampoco las del odio.

Pertenece a esa clase de hombres frios e insensibles como una lámina de acero, que tienen toda la brutalidad de un golpe i parecen no saber lo que hacen como el puñal no sabe lo que corta.

Una noche sale Sanchez a visitar una familia i le encarga al sereno que no cante las doce «porque así conviene a sus propósitos.» Pasan las horas, olvídase el sereno i al sonar las doce, distraído las pasa cantando por la calle. Sanchez lo oye, se despide, llama al sereno, le echa en cara su olvido i sin darle tiempo para articular siquiera una disculpa sacando del bolsillo una pistola lo tiende en el suelo de un balazo.

Otra vez sale con Rivas su teniente i ayudante favorito. Despues de hacer la ronda en aventuras de la media noche llegan los dos a una pequeña fonda de la Paz. Encuentran en ella un comerciante con quien Sanchez se vá de las voces a las armas, sáca su pistola i le atravieza el sombrero de un balazo, alguien quiere intervenir i de otro tiro le atraviesa la mano, Rivas se acerca entónces, pero apénas se acerca, Sanchez le dirige el cañon de su pistola i le atraviesa el corazon con una bala.

Todos éstos crímenes quedaban en la sombra i la mas completa impunidad. Esto es mui triste pero por mui triste que sea era natural que así pasara. La tiranía *necesita* vivir, siente esa imperiosa necesidad de la existencia i ¿cómo podria vivir, cómo podria sostenerse si le faltasen los Sanchez i Antezana? Nó, ella necesita esos hombres que se lo deben todo i a quienes puede a su turno reclamarles todo.

AUGUSTO ORREGO LUCO,

(Concluirá).

BOLIVIA

BAJO LA ADMINISTRACION DEL JENERAL DON

MARIANO MELGAREJO

(Leído en la Academia de Bellas Letras).

IV.

Por profunda que sea la desformidad de un individuo hai siempre en él algo que nos recuerda el tipo humano, algo que nos recuerda la especie que degrada i degenera

Ese rasgo característico que jamás se borra, i que fácilmente se descubre aun en aquellos que mas se empeñan en negárselo a sí mismos, es un vago temor a la opinion, es cierto miedo al juicio de los otros.

Tiberio mismo en medio de la omnipotencia de los césares, buscaba un asilo oscuro en que ocultar sus vicios i él, que nada temia, temblaba sin embargo ante una pequeña estrofa, un epigrama que lo amenazara con la burla de aquellos a quienes afectaba despreciar.

Es la eterna hipocresía de los vicios, es el eterno pudor del alma humana que aun en medio de su degradacion conserva siempre la conciencia del bien i la virtud.

De aquí la necesidad de cohonestar los abusos i encubrirlos bajo el pretexto de un bien superior que nos impone esos actos dolorosos i arbitrarios, que solo encuentran una escusa en los bienes que mas tarde nos traerán.

De aquí la necesidad de esos sofistas del poder encargados de darle a todo una razon; de imponer silencio en nombre del bien público; de hacer entender con palabras misteriosas que para salvar a la nacion se necesita «velar la estatua de la justicia» i para juzgar a los que mandan aguardar la hora de las revelaciones que tan fácilmente se prometen i se olvidan.

A toda costa se esfuerzan en pasar por servidores de los principios sociales i políticos mas avanzados de la nacion en que viven i con un maquiavelismo refinado hacen imposibles las reformas que exajeran, porque saben que pedir demasiado es dar pretesto para que no se nos de lo necesario.

A este tipo, a esta clase de sofistas del poder pertenecen los dos hombres de que vamos a ocuparnos.

Era el uno don Mariano Donato Muñoz, especie de letrado chino, cortés, afable, lleno de maneras benévolas, deseoso siempre de agradar a todo el mundo i sobre todo al poder.

Tenia esa complacencia infinita del que haciendo un favor busca un cómplice; esa sonrisa protectora i esas palabras insinuantes que están siempre en los lábios de los que quieren especular con el equívoco.

Como todos los hombres que sienten vacilante su poder i que han atado su poder con su fortuna, era de un carácter triste i de costumbres sóbrias.

Mientras Melgarejo i sus compañeros se entregaban a los goces brutales de la orjía, Muñoz, que conservaba siempre su razon, asumia el mando. Entónces saboreaba ese placer duramente comprado con el sacrificio del orgullo i hasta de la dignidad; ese placer que le costaba tanta humillacion i abatimiento.

Seguia a Melgarejo a todas partes, lo deslumbraba con su romanticismo político, lo hacia repetir en alta voz lo que le decia al oído, le preparaba las improvisaciones, i en los momentos solemnes lo impulsaba o contenia. Era su mano la que se veía en todos los negocios, era su inspiracion la que dirijia la política.

Pero ¿cómo Muñoz podia soportar los ultrajes de un beodo, las injurias de una sociedad, cargar con todo el peso de ese despotismo abrumador i quedar contento con que en cambio de su honor se le pagara con un puesto tan poco decoroso?

La ambicion, pero una ambicion tan desmedida como ciega, es la única solucion de este problema. No la ambicion del puesto mis-

mo en que servia i cuyas amarguras conocia demasiado, sino la ambicion del poder que organizaba.

Por mas que se diga lo contrario, Muñoz debia acariciar la idea de derrocar a Melgarejo para ocupar su puesto. Con la reflexion llevo a las mismas sospechas a que Melgarejo llegaba por instinto. I si no era esa esperanza ¿qué era lo que allí lo hacia mantenerse cuando solo ultrajes podia recibir?

Muñoz era ya conocido cuando llegó al poder por los dos rasgos mas salientes de su carácter político: por la falta de entereza i la sobra de ambicion.

En 1863 una conspiracion descabellada habia sido descubierta en Potosí i se designaba entre los afiliados a Muñoz. Aprovechando esa oportunidad se presentó en la prensa a hacer una pomposa declaracion de sus principios i una entusiasta prueba de adhesion.

«La franqueza, decia, con que siempre he manifestado por la prensa i en la tribuna mis convicciones políticas i la lealtad con que he sabido llenar mis compromisos oficiales e individuales, me dan derecho para levantar bien alto mi voz i pedir con frente serena mi juzgamiento en nombre de la lei, el esclarecimiento de los hechos i sus referencias, en interés de la causa pública i mi castigo o absolucion en nombre de la justicia.

«El ciudadano que en los comicios populares de 1861 fué el primero en invocar el nombre del señor jeneral Achá, como el áncora de salvacion nacional, no puede en tenebrosas maquinaciones contrariar sus votos esplicitos; el escritor independiente que fué tambien el primero en lanzar a la discusion pública la candidatura presidencial del actual supremo jefe del Estado, no puede por medios clandestinos minar el edificio político a cuya inauguracion contribuyó con un grano de arena; el diputado nacional que en presencia de Dios i del pueblo boliviano, juró en acto solemne i augusto, defender la constitucion política del Estado, no puede por medios reprobados e indignos, contribuir a rasgar este Decálogo de garantías sociales, encomendado al patriotismo de los bolivianos, i mui especialmente a sus lejitimos representantes; el funcionario público que en calidad de auditor de guerra del ejército constitucional, concurrió a la jornada de San Juan, a consolidar con abnegacion de su vida el imperio de la lei alterado por el espíritu de faccion, no puede cobijarse con el crimen para hollar la lei que defendió i entronizar la tiranía; el hombre que ante la es-

timacion de sus compatriotas no tiene otro título que su honradez i lealtad, no puede sin incurrir en torpe e incalificable aberracion, borrar de un solo golpe i para siempre, timbres tan gloriosos i honorables.

« Dicese que el protagonista de la conjuracion descubierta debia ser el jeneral Belzu. Protesto con toda la energia que inspira la justicia, que con dicho señor i los adeptos que pudiera conservar no tengo relacion alguna política, directa ni indirecta; que no conozco mas caudillo que la lei, otro norte que el deber, ni aspiro a otra cosa que a conservar incólume mi honor. Afiliado en la causa constitucional, que lejitimamente representa el Exmo. presidente Achá, mi deber i mi honor me prescriben defenderla i sostenerla cualquiera que sea mi esfera social.»

Poco tiempo despues lo encontramos sin embargo, afiliado en un motin conspirando contra ese mismo poder que tanto manifestaba respetar, violando esos juramentos que estimaba tan sagrados i rompiendo con aquellas caballerescas tradiciones de lealtad que tan alto pregonaba.

I mas tarde, al abrir el Congreso de 1870, juzgando de una manera mas esplicita los mismos hombres i los mismos actos, se expresaba en los términos siguientes: «La funcion de armas del 28 de diciembre en que brillaron el heroismo del capitan jeneral Melgarejo i la bravura del *puñado* de militares que le acompañó, se propuso no solamente el simple hecho de cambiar la persona del mandatario de entónces, cuya imbecilidad fomentaba la guerra civil, sino el derrocar tambien por consecuencia, la constitucion política de 1861, que conducia a Bolivia a la anarquía mas espantosa.»

Como se vé, Muñoz no ha conocido el placer de la constancia. El habria querido ser el primer ministro de un gobierno regular i respetado, i ya que no podia realizar su bello ideal queria a lo ménos darle al despotismo las esterioridades de un réjimen constitucional.

De ahí la lucha que se revela en sus actos i sobre todo en su empeño por conciliar los principios mas avanzados de la escuela liberal i las prácticas ultra-autoritarias miradas con predileccion por Melgarejo.

Donde sobre todo esa lucha i ese empeño se ponen de relieve es en la Constitucion que él dió a Bolivia. Dificilmente se puede concebir una asociacion mas disparatada de elementos del todo incompatibles, una amalgama mas singular i mas grotesca de ideas

liberales i despóticas. En ese curioso documento quedan reconocidos en su mas ámplia latitud todos los derechos civiles i políticos, pero quedan tambien sujetos todos al capricho del gobierno que puede suspender la Constitucion sin formalidad alguna con solo creerse amenazado por una conmocion.

Inconsistente, de dos faces, risueño para el poder i para el pueblo, cómodo i manejable, falto de lógica i falto de armonía, así es el proyecto de Constitucion i así es su autor.

Cuando Muñoz sale de la Paz otro personaje entra a reemplazarlo. Es don Domingo Taborga, figura curiosa aun en medio del grupo en que vivia. Don Raimundo es de los pies a la cabeza un personaje de entre-mes; lleno de afectacion, con los aires de importancia, i la gravedad cómica mas picaresca i divertida.

Por supuesto que él piensa como el héroe de Voltaire, que todo va admirablemente en el mejor de los mundos concebibles. Su humildad delante del poder solo puede compararse con su arrogancia delante de aquellos que le sirven; su timidez cuando se trata de juzgar las cosas del momento solo tiene rival en su audacia para juzgar las ya pasadas. Oh! con qué enerjía escarnece a los caídos, con qué valor se ensaña con los muertos i ataca la anarquía! Don Raimundo es de esos hombres que solo conocen el valor retrospectivo.

Por lo demás, el mismo se ha hecho su retrato con un pincel digno de su asunto. En un documento público dirijido al jefe del Estado dando cuenta de su desempeño accidental de los despachos dice:

«El campo político del país nos ha presentado el cuadro mas espantoso—*aglomerados* los elementos de anarquía en los *cuatro ángulos* de la república, i desenvueltas las pasiones de partido tomando por *banderilla* una Constitucion a quien nadie queria i a quien nadie obedecia; la guerra civil sucedió a la calma i los pueblos i la campaña se constituyeron en campamentos militares i plazas fortificadas de guerra.

«*Entre tanto, señor*, vos a la cabeza del grande e invencible ejército de diciembre, con vuestra comitiva a quien tuve el honor de pertenecer, sin abandonaros un día, recorristeis la república en todas direcciones a fin de esterminar esa anarquía.....

«El deseo de ocuparse de intereses de elevada importancia para el país, os obligaron a confiarlos en el extranjero, a vuestro mejor amigo i compañero i a mi siempre apreciado *compadre, el señor*

Muñoz.—*Bien se comprende que esta ausencia era otro inconveniente para normalizar el país, puesto que el manejo de la secretaría jeneral habia sido planteado e iniciado por el señor Muñoz, i que cualquiera otro que entrase en su lugar tendria que hacer un estudio árduo del jiro dado a los negocios.*

«En estos momentos, señor, i aun no disipado el humo de la pólvora que dispersó a los revolucionarios, me encargasteis el delicado i alto puesto de Secretario Jeneral de Estado. *Mi espíritu se abatió, mis fuerzas desmayaron i mi organizacion sufrió un estremecimiento—salió mi patriotismo al encuentro i armado de entusiasmo i buena fé me hice cargo del Despacho, por segunda vez el 4 de junio anterior. Quiero recordaros los arreglos i disposiciones que se han tomado en los distintos ramos, para que el Honorable señor Ministro Muñoz no se halle embarazado al continuar con las tareas del despacho.*»

Sigue enumerando medidas sin importancia cuando no abusivas i de que la siguiente podrá dar una idea:

«El abuso de las campanas, especialmente en lo fúnebre, movió al gobierno a *gravar* por Decreto Supremo de 4 de Julio anterior, cada doble en *cinco pesos*. Desde entónces, la humanidad doliente i el ciudadano ocupado han levantado las manos al cielo, aprobando la medida.»

I concluye el memorial diciendo:

«Dándoos, señor, las gracias con mi corazon, por el honor con que me habeis condecorado en mi vida pública, i satisfecho de no haber comprometido el *honor* nacional en el interior, ni estranjero, al retirarme a la vida privada como lo hago renunciando todo puesto público, llevo mi conciencia pura i tranquila, *seguro* de partir uu escaso pan con mis tiernos hijos el resto de mi vida.—*Por recompensa* llevo igualmente la buena aceptacion de mis medidas i vuestra inestimable amistad. *Este galardón ennoblece i enorgullece mi existencia.*»

En lo que llevamos transcrito de este documento singular se deja ver la manera como el señor Taborga trata los asuntos interiores. Para formarse una idea de la seriedad de sus transacciones diplomáticas, de la conveniencia i dignidad de su lenguaje tratándose de naciones amigas o con quienes se vive por lo ménos en buenas relaciones, vamos a copiar otro párrafo del mismo memorial.

«En el Oriente, dice, subsisten nuestros conflictos i a fin de empezar la grande obra de *restaurar* nuestro territorio, me he di-

rijido a los gobiernos de Buenos Aires, el Uruguay i el Brasil dudando de la autenticidad del *tratado secreto* celebrado en mengua de la civilizacion; en desprecio de dos naciones i en escarnio de ellas mismas... En esta cuestion a que se nos llama, Dios está con nosotros i el mundo nos hace justicia.—*A vos, señor*, está reservada una época de grandes acontecimientos—realizad vuestra mision—no desmayeis.»

¿Para qué añadir una palabra mas a este retrato? ¿No se deja ver completamente dibujado en su *mensaje* el secretario interino? ¿No se deja comprender en cada línea que se trata de uno de esos buenos hombres que desempeñan su papel por compromiso, de uno de esos caracteres debiles, inconcientes de sí mismos, que se dejan manejar tranquilamente?

Para pintarlo de un solo rasgo nos bastará aplicarle aquella frase profundamente caracterizadora de Timon:—«Es de esos hombres que cuando casados se dejan gobernar por su mujer i cuando viudos por su llavera.»

Pero la elevacion de un hombre semejante al alto puesto que ocupó en Bolivia no es un hecho casual e inesplicable. Es la consecuencia natural de los temores que sentia Muñoz de ser suplantado por un hombre capaz de ganarse a Melgarejo.

Estos celos lo obligaban a dejar en lugar suyo un político que no le hiciera sombra i cuya falta de esperiencia lo hiciera recordar en los negocios.

No habia ninguno ménos a propósito para desempeñar aquel papel i por eso Muñoz se lo confiaba.

V.

Entre este círculo que jira al rededor de Melgarejo i la masa social sobre que impera, se estiende como lazo de union una cadena de figuras fujitivas como los caprichos a que sirven, u oscuras como los vicios que alimentan.

Todas ellas responden a una necesidad del momento o satisfacen instintos degradados i sirven por consiguiente para poner de manifiesto la situacion de la sociedad en que han vivido. Como las sombras de un cuadro ellas no aumentan la luz, pero dan mas relieve al colorido.

Son los espías, son los delatores, son todas esas siniestras creaciones del pavor que como un fantasma persigue a los tiranos, son

todos los que explotando esos temores se sirven de ellos como de un instrumento de favor o de venganza.

La figura mas triste de esta especie, entre las muchas que nos exhibe el señor Sotomayor, es la de Chinchilla. Chinchilla es un oficial jóven, que solo tenia 20 años, que atravesaba por consiguiente esa edad tan dolorosa de las pasiones vehementes i de los celos rabiosos. Mal aconsejado por sus pasiones i sus celos quiso deshacerse de un rival i contando con esa credulidad de todos los que temen, lo denuncia a Melgarejo como instigador de una conjuracion que debia asesinarlo. Para comprobar su delacion le entrega un frasco en que segun decia estaba el veneno que le habian encargado hacer beber al jeneral.

Pronto la mal tramada delacion se puso en claro i el mismo denunciante tuvo que reconocer que todo aquello era una fábula completamente imaginaria. El acusado salió libre i le debió la vida solo a circunstancias especiales que obligaron a hacer que Melgarejo ordenara la instruccion de su proceso. Pero salió tambien libre el delator convicto de impostura i a quien Melgarejo no podia castigar sin turbar la seguridad de sus espías.

Lo único que a éstos pone miedo es la posibilidad de verse envueltos en un juicio; lo que sobre todo les dá aliento es la seguridad de que pueden contar en todo caso con una completa impunidad i una decidida proteccion.

El despotismo para sentirse tranquilo necesita ese espionaje que mantiene el saludable terror de los tiranos; necesita sacrificar la sociedad a su miedo. Abriendo la puerta a la delacion siembra a manos llenas la desunion i las sospechas, por consiguiente hace difícil todo proyecto de revuelta; ¿qué le importa que haga tambien fácil todo proyecto de venganza? qué le importa ese infierno en que convierte las relaciones sociales mas sagradas? Entrega, es verdad, a la merced del capricho o las pasiones, las vidas, el honor i la fortuna; espone al soplo de esa misma delacion sus propios parientes i allegados; compromete los vínculos de su sangre i su familia; pero ¿acaso no valen nada la tranquilidad i el silencio de los grandes terrores?

Merced a esta impunidad en la delacion i a estas facilidades de venganza, vió la sociedad esposas que para deshacerse de maridos importunos los entregaban a la muerte delatándolos; vió la Paz a una *chola* despedida del servicio presentarse acusando a sus patrones i a éstos, despues de haber sido mutilados, montar la guar-

dia de un cuartel i salir espatriados en seguida; vió a unas señoritas Mendiville condenadas a desempeñar las ocupaciones mas tristes de un hospicio porque al saber la noticia anterior no supieron ocultar su indignacion; vió caballeros tan respetables como los Bustillos i Clavijos ser encerrados en una prision i procesados por una carta anónima, por una carta cuya torpeza podrá fácilmente sospecharse con saber que fué escrita por un arriero; vió, en fin, todo lo que hai de mas abyecto i degradado, de mas ruin i mas cobarde en la delacion i el espionaje.

VI.

I miéntras esto veía la sociedad ¿qué hacia? qué hacian el clero, la prensa i los soldados, esos tres representantes de la fuerza, de la conciencia i la moral de un pueblo?

En la organizacion porque atraviesan todavía las naciones de la América, los frailes, los pensadores i los soldados son los únicos responsables de los bienes i los males que se desenvuelven en su seno.

Los escritores i los frailes representan el elemento intelectual, el único elemento de nuestra sociedad que tenga conciencia de sí mismo, el único por consiguiente moralmente responsable. Lo demas es la masa inerte que ellos dirijen i encaminan. El soldado es el punto de interseccion de esas dos fuerzas, el punto en que la masa i el pensamiento se ponen en contacto. Sobre los dos primeros gravita con todo su peso la responsabilidad de nuestra historia.

El clero boliviano completamente absorbido en las orjías estaba mui bien representado por uno de sus jefes mas preclaros, mozo libertino, arrojado por sus vicios de la casa de su hermano, mas tarde director i propietario de una taberna de triste nombradía, despues fraile, despues rico i consagrado obispo.

Todos los dias circulaban por la Paz noticias de los robos, asesinatos, escándalos i crímenes consumados con todo cinismo por los frailes. Hubo ocasion en que se seguian en la curia de 60 a 80 procesos criminales a la vez.

Era público i de todos conocido un conventillo que servia de lupanar a toda una comunidad. Los sacerdotes mas distinguidos vivian públicamente con sus hijos i mujeres dando así el triste espectáculo del mas vergonzoso desenfreno.

I lo que es mas triste todavía esas mismas escenas se repetian

en los conventos de las monjas. El claustro de las Concebidas servía de asilo a Juana Sánchez cuando Melgarejo salía de la Paz; i en ese mismo claustro, a que todos tenían libre acceso, se disfrazaba de hombre a las sirvientes i bailando con ellas se pasaban las noches en una zambra bulliciosa.

Toda la Paz lo sabía, lo oía i lo veía.

Un clero relajado i así entregado al vicio era incapaz de asumir una actitud digna i decisiva. En medio de la corrupcion jeneral solo una voz honrada puede atreverse a hacerse oír. Los libertinos tienen razon para temer que se responda a sus reproches exhibiéndoles su propia corrupcion: Callaba, pues, el clero, i se callaba porque tenia conciencia de que sus vicios le imponían el silencio.

Al lado de ese clero corrompido la prensa se mostraba degradada hasta tocar los límites de un servilismo inverosímil.

Con vergüenza pasamos sobre el mas triste de todos los espectáculos que hasta aquí hayamos consignado; con rubor vamos a exhibir la prueba de esa caída siempre dolorosa para todos los que sienten cuanto hai de grande i noble en la altiva independencia de un escritor que se respeta.

Melgarejo quiso un día barrer con una pequeña ondulacion del terreno que interrumpia el nivel de uno de los caminos que desembocan en la Paz. Aquello era una de esas obras que todos los dias se hacen en todos los caminos. Pero en uno de sus caprichos quiso Melgarejo que la ciudad entera se ocupara del asunto. Espidió un decreto mandando contribuir a la jente de cierta fortuna con las herramientas necesarias i obligando a los pobres i artesanos a dejar abandonadas sus faenas para ir a trabajar personalmente. Aquel impuesto monstruoso i desigual era, pues, digno a lo sumo del silencio. Pero Melgarejo creyó necesario iniciar con fausto los trabajos. Se pronunciaron discursos, se hizo bulla, Melgarejo dió unos cuantos barretazos i al dia siguiente en el único diario de la Paz, el único escritor a quien se oía, dejó estampadas las palabras siguientes:

«El ejército boliviano acaba de emprender una obra que por sus dificultades puede ponerse al nivel de las pirámides de Egipto, de la Numancia romana i del istmo de Suez.

«El hombre del siglo, el jeneral Melgarejo, compadecido de los esfuerzos de esta ciudad para crecer hácia arriba, le ha proporcionado los medios de estenderse horizontalmente.....

«El Espíritu Santo dice que, con la fé se levantan las monta-

ñas—Melgarejo dice: con el entusiasmo de mis tropas se destruyén las colinas.

«Napoleon I al tratarse de hacer una perforacion por los montes Pirineos dijo: si es posible, hágase.

«El jeneral Melgarejo ha dicho: es mas que probable nivelar una colina, pues la nivelo.

«Hágase, pues, justicia al jenio iniciador, al espíritu potente, al hombre de empresa que, para gloria de la civilizacion boliviana emprende obras dignas de la antigua Roma.»

I como este artículo cuantos otros pudiéramos citar empapados en el espíritu de la adulacion mas servil i mas rastrea. ¿Pero puede necesitar mas demostracion esa triste decadencia, esa falta de dignidad de que acusamos a la prensa?

Si pasamos a ver la condicion creada por Melgarejo a sus soldados veremos, que era tambien imposible que viviera entre ellos ese espíritu altivo que mantiene las tradiciones de nobleza en el ejército.

Melgarejo, como ya hemos dicho, manifestaba siempre un afecto paternal por sus soldados; veía en ellos el instrumento que aseguraba la estabilidad de su poder, lo apreciaba en todo su valor i no omitia sacrificio alguno para tenerlo siempre de su parte i poder contar siempre con su apoyo.

Pero veía tambien en sus jefes los únicos rivales peligrosos. Podía el amor de los soldados despertar en ellos la ambicion, podía la ambicion lanzarlos a esos campos tentadores del motin i la revuelta.

Era, pues, necesario a toda costa hacer que ese amor de los soldados no existiera, hacerlo imposible mostrándoles sus jefes degradados i abatidos, i ocultándoles todas las cualidades que los hacen respetables a sus ojos.

Sabía Melgarejo que para las masas no hai forma de la dignidad mas clara que la insolencia: ser insolente es para ellas ser digno i por eso a todo trance se empeñaba en poner de manifiesto delante de sus tropas la sumision de los jefes. Para ellos la cortesía es servilismo, no comprenden el valor sino altanero i brutal, ven en todas las manifestaciones de respeto algo de humillante i depresivo, por eso Melgarejo se empeñaba en hacer que los jefes se mantuvieran siempre respetuosos i al mismo tiempo manifestándose familiar con los soldados parecia establecer no sé que contraste chocante que atraía la simpatía de las masas.

Para que se vea ahora hasta dónde llevaban la sumision de aquellos jefes, vamos a narrar un episodio que tuvo lugar en Sobrajes, cerca de la Paz, en una de sus escursiones en que Melgarejo i su estado mayor visitaban aquel pueblo.

—Vamos a la escuela, dijo de pronto Melgarejo—Alguien le observó que desde hacia tiempo se habia suspendido, pero apesar de la observacion siguió la comitiva al lugar que Melgarejo habia indicado.

En una sala desierta encontraron unas bancas i una palmeta colgada en la pared. Era todo lo que quedaba del colejo.

Melgarejo los hizo sentarse en los bancos i tomando la palmeta les propuso que entonasen un *solfeo*. Aquellos hombres se sentaron i con toda seriedad principiaron a cantar. Algunos podian seguir el compás pero otros desentonaban a pesar de sus esfuerzos.

—Vamos, jeneral Olañeta, exclamó Melgarejo, cánteme ese *fá* Ud. solo.

El viejo jeneral—tenia 80 años—se hace a un lado i en vez de dar un *fá* da un grito cascado i desacorde.

—Está bien, le dice Melgarejo, acérquese Ud.—I el jeneral se acerca—Ponga Ud. la mano; i el jeneral la estiende i en medio de la risa jeneral de aquellos hombres que no parecian comprender la degradacion a que asistian, Melgarejo le dió de palmetazos.

Escenas de esta especie presenciaban todos los dias los soldados ¿qué respeto ni qué amor podian inspirarles esos jefes? I de qué podian ser capaces los que no sabian hacer respetar su dignidad?

AUGUSTO ORREGO LUCO.

(Concluirá).

AUSENCIA

¿En dónde estás, María? Triste i solo
El corazon palpita desolado.
En vano ardiente llanto de mis ojos
Brotó a raudales. En la tarde miro